

A grayscale image of a hand pointing towards a glowing circular point. The hand is positioned on the left side of the frame, with the index finger extended towards the center. The glowing point is a bright white circle with a soft, ethereal glow around it. The background is a light gray gradient.

AL PUNTO

SEMANA 1

REFLEXIÓN: 2 TIMOTEO 2.15

Cuando caminamos en la vida cristiana, y en particular cuando aceptamos el privilegio y la responsabilidad de conducir un ministerio (ya sea en la alabanza, en la escuela dominical, en el grupo casero o cualquier otro), nos esmeramos en nuestra preparación intelectual, leemos muchos materiales sobre el área que nos compete y, a la hora de estar frente al grupo de hermanos, somos cuidadosos en el trato hacia cada uno de ellos.

Procuramos ser amables, transmitir las verdades bíblicas intentando no herir la sensibilidad de nadie y todo esto está muy bien. Si al terminar la jornada estamos satisfechos con la reunión, nos vamos a casa con la sensación de haber cumplido con el Señor. Si además, algún hermano o hermana nos felicita o nos dice alguna palabra alentadora, ya estamos tocando el cielo con las manos.

Pero la Segunda carta a Timoteo nos hace una advertencia: quien debe darnos su aprobación es Dios.

La sociedad en la que vivimos se caracteriza por buscar la aceptación permanente: contabilizamos cuántos *like* nos han dado a las fotos, comentarios o bromas que subimos a las redes; buscamos las miradas de aprobación de nuestros pares y sus comentarios elogiosos.

La constante necesidad de recibir la aprobación de los demás es riesgosa en varios sentidos: corremos el peligro de caer en la trampa de basar nuestra autoestima en el afuera y, peor aún, nos arriesgamos a desviar nuestro objetivo de aquel que nos llamó a su servicio. Si nuestra autoestima descansa en el afuera podemos caer en la emboscada de hacer todo por agradar a los seres humanos, cuando en realidad somos llamados con un propósito más alto: presentarnos aprobados delante de Dios.

A menudo, esta tendencia cultural se filtra en nuestra manera de vivir la fe y nos descubrimos a nosotros mismos organizando la clase de escuela bíblica con la idea de que los hermanos piensen cuán inteligentes somos; o preparamos la alabanza de tal manera que toque las emociones de la congregación, y olvidamos que los himnos y las canciones deben alabar y agradar a nuestro Dios.

Muchas veces deberemos renunciar a nosotros mismos y a nuestros deseos; otras veces tendremos que decir alguna verdad que nuestros hermanos no querrán escuchar, pero es necesario que recordemos las palabras del sabio que recomienda que siempre vivamos unidos a la verdad y a la misericordia (Pr 3.3).

Al iniciar este servicio esforcémosnos por vivir de tal manera que Dios nos dé su aprobación, sin importar lo que otros opinen.